Imaginatio vera

El encuentro entre el racionalismo moderno y la *otredad* es el tema central de la literatura fantástica: en el mundo común y cotidiano, un fenómeno súbito y extraordinario pulveriza en pocos segundos «el orden natural de las cosas». Caillois definió a esta súbita rasgadura de lo real: «irrupción de lo inadmisible». Así, la primera condición de lo fantástico es, como dice Todorov, «la duda del lector». Pues bien, lo curioso del caso es que cada una de estas características del cuento fantástico pueden muy bien aplicarse a buena parte de los «relatos» de este libro, al plantear también en la realidad un radical desplazamiento de sentido, si bien con una notable diferencia: aquí «lo fantástico» no se da en el escenario de las ficciones literarias, sino en el ámbito histórico, en el *mundo real*, tal como atestiguan las fuentes documentales, que pueden consultarse al final del volumen. Sólo el lector podrá juzgar si todo lo que refieren estas páginas es sólo un «relato» más o menos literario, o el leve rumor de una realidad ignorada; en definitiva, el viejo dilema de la literatura fantástica.

Este libro no trata sobre la interpretación de los sueños, explora los diferentes significados que tiene el verbo *soñar* en relación con la historia, lo sagrado, las dimensiones interiores de la conciencia, las paradojas y complejidades del tiempo y el punzante enigma de la muerte. En el primer capítulo, ciertos sueños (de Aníbal, Von Bismarck, Lincoln, Perpetua o Descartes, entre otros) demandan una nueva categoría histórica: la onírica. El segundo capítulo trata de explicar en qué consistía la incubación de sueños en los antiguos templos de sanación. El tercero es una breve historia del *sueño lúcido*. El cuarto se adentra en los laberintos del tiempo onírico, dando especial énfasis a los sueños que hacen presente el porvenir. El último es una indagación en la metáfora del sueño y su correspondencia con la muerte, en el onirismo de los moribundos y las visiones científicas y místicas de la otredad.

www.atalantaweb.com



JACOBO SIRUELA EL MUNDO BAJO LOS PÁRPADOS

50



JACOBO SIRUELA

EL MUNDO BAJO LOS PÁRPADOS

ATALANTA

JACOBO SIRUELA

EL MUNDO BAJO LOS PÁRPADOS



ATALANTA

2010

En cubierta: Ted Serios, *Fotografía del pensamiento*,
22 de febrero de 1966.
En guardas: Hipno. Escultura griega en bronce del siglo IV.

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

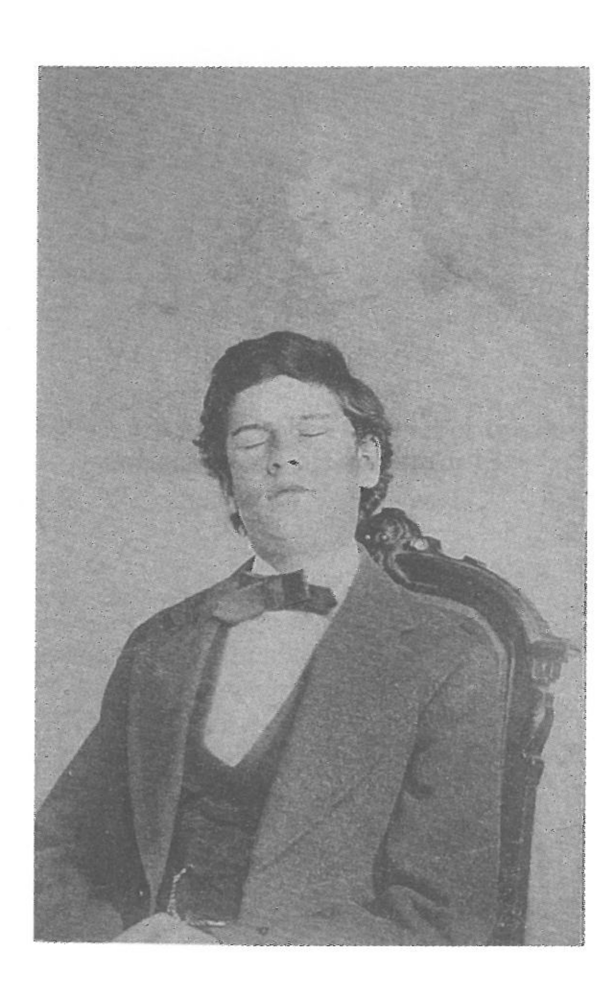
Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-937784-5-3
Depósito Legal: B-39.975-2010

ÍNDICE

A Inka, por todos los sueños que he escuchado de sus labios.
Y a mi padre *in memoriam*.

El mundo bajo los párpados



Toda nuestra historia es únicamente la de los hombres despiertos; nadie hasta ahora ha pensado en una historia de los hombres que duermen.

G. C. Lichtenberg. Cuaderno K, 86

Los sueños y la historia

Soñar participa de la historia.
Walter Benjamin, *Obras* II / 2

I

La historia de los sueños nunca ha sido escrita. Nadie hasta el momento ha emprendido una tarea tan inabarcable, tan insólita y, en cierta manera, tan insondable. Esta idea puede resultar a primera vista extraña, incluso absurda, y sin embargo la conciencia de la *historicidad* del onirismo no es una hipótesis nueva ni aislada, ya que grandes filósofos y ensayistas se han sentido intrigados por ella. George Steiner, por ejemplo, asume intelectualmente en un artículo –recogido en *Pasión intacta* (1997)– que los sueños «se convierten en materia de la historia», y enumera varios casos que fueron tratados en su momento como sucesos históricos dignos de todo crédito: los sueños bíblicos, los sueños de las *Vidas paralelas* de Plutarco, los sueños archivados con celo por los astrólogos de las cortes medievales y renacentistas. Para Steiner, cada uno de estos jirones secretos arrancados de la vida onírica secular dejan de pertenecer a la esfera privada una vez que se registran por escrito, una vez que se interpretan y comienzan a filtrarse por los finos y sutiles conductos del lenguaje

y pasan a formar parte de los códigos particulares de cada cultura.

En efecto, a menudo el onirismo aparece teñido de sustancia histórica. A veces de un modo puramente formal, a través de la cambiante variedad de personajes y escenarios que el soñante toma prestados de su tiempo –pues cada siglo, cada cultura tiene su propio *estilo* de soñar–; otras de un modo colectivo, cada vez que un mensaje onírico responde a una problemática general de la sociedad, y también (como recuerda Steiner) porque cada época emplea su forma característica de narrar e interpretar los argumentos oníricos. De modo que si cualquier persona, mientras duerme, vive su propio mundo particular, tal como dijo Heráclito, al mismo tiempo, tanto el fenómeno onírico como su interpretación siempre se encuentran bajo el influjo histórico y cultural de cada soñador: el sueño no es únicamente un fenómeno espontáneo y privado de la mente, forma también parte de una experiencia más vasta de la historia cultural humana. Por muy fantasmales o arbitrarias que nos parezcan estas tácitas vivencias nocturnas, algunas de ellas poseen una historicidad concreta, una cualidad particular que las hace pertenecer con todo derecho a la memoria histórica. Es una lástima que así como existe una abundante bibliografía sobre la historia de nuestro mundo diurno, con sus acontecimientos más notables, no exista también *otra* historia sobre los hechos más singulares del mundo de los durmientes, pues como dijo una vez Hegel: «si reuniéramos los sueños de un momento histórico determinado veríamos surgir una exactísima imagen del espíritu de ese periodo».

Un claro ejemplo de esta sugestiva hipótesis es la obra peculiar de la periodista judío-alemana Charlotte Beradt, *The Third Reich of Dreams* (1966). Su libro desarrolla una

idea nada frecuente en el mundo del periodismo: entre 1933 (fecha del ascenso al poder de Hitler) y 1938, un año antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, la joven Charlotte se dedicó a recolectar los sueños de la gente más dispar de Alemania. Su objetivo era demostrar el devastador efecto emocional que estaba produciendo el nazismo sobre la población alemana. Y, como suele ocurrir cuando se fija la atención en algo preciso, los sueños acudían a ella de la forma más insospechada y natural, ya fuera en plena calle, en boca de un tendero ocasional que peroraba más de la cuenta, o cuando algún miembro de la familia se ponía a contar su última pesadilla durante el almuerzo; o bien a través de confidencias intercambiadas en círculos cercanos. En ciertas ocasiones, Charlotte se veía obligada a recurrir a los más astutos retruécanos del estilo indirecto para sonsacar la información deseada de su sastre o de un eventual lechero, pero siempre mantuvo este sutil «trabajo» en total secreto; pues, como es fácil de suponer, esta actividad clandestina podía resultar fatalmente sospechosa para un régimen paranoico, que conocía a la perfección las más inmundas posibilidades de la manipulación propagandística.*

Durante siete años, Beradt logró reunir más de trescientos relatos oníricos, que respondían perfectamente al

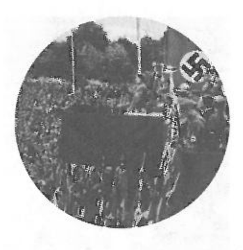
* No menos paranoides ni cruentos fueron sus iguales de la Unión Soviética, cuya costumbre era internar en hospitales psiquiátricos a todos aquellos que no comulgaban con su ideología y atiborrarlos con derivados de la fenotiazina para neutralizar su actividad onírica, tras haber averiguado que todos aquellos que tomaban estos fármacos para dejar de soñar se adaptaban mucho mejor al sustrato ideológico del comunismo. Habían descubierto el papel netamente subversivo de la *pesadilla* como alarma interior de un conflicto no advertido por la conciencia.

tema de su investigación, y ninguno de ellos tenía nada que ver con complejos freudianos, ni con ninguna de las tortuosas miserias humanas que normalmente se escuchan en las sesiones de psicoanálisis. Más bien revelaban algo muy distinto y explícito: ninguno de estos sueños había sido causado por depresiones personales, ni conflictos familiares, ni problemas sexuales o conyugales; todos ellos tenían algo inequívoco, una seña distintiva común: la herida psicológica que dejaba en los soñantes el clima social de la Alemania del Tercer Reich. Charlotte denominó a estas pesadillas *sueños políticos*; pero también podríamos calificarlos de *sueños históricos*, desde el momento en que escenifican perfectamente la alienación vivida por los alemanes durante esos largos y tormentosos años de oscuridad.

Así, una mujer sueña repetidamente con una insidiosa y taladrante proclama. Proviene de la voz chillona de un miembro del partido que con un megáfono en la boca no cesa de gritar desde un coche la misma alocución: «¡En nombre del Führer! ¡En nombre del Führer! ¡En nombre del Führer!...»

Un médico contempla en sueños la vista panorámica de una perversa arquitectura sin intimidad. Aunque en su conversación con Charlotte había asegurado no sentir demasiado interés por la política, su inconsciente sí había percibido lo que ocurría en el país. En su sueño, son las nueve de la noche, la hora en que suele terminar su consulta. El doctor se encuentra en su cuarto, relajado, hojeando un libro con reproducciones del pintor Matthias Grünewald, cuando repara en que las paredes de su habitación han desaparecido. Extrañado, se levanta para echar un vistazo, y descubre estupefacto que ninguna casa del vecindario conserva sus paredes. Una voz lejana, que se aproxima, aúlla desde un altavoz: «¡De acuerdo con el de-



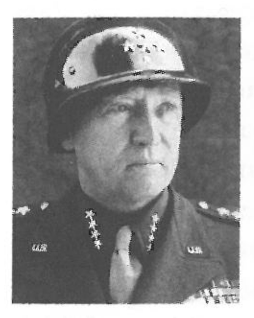


creto del 17 de este mes sobre la abolición de las paredes!», y los gritos prosiguen con una interminable retahíla de prohibiciones.

Algunos sueñan que está prohibido soñar, pero a pesar de todo continúan soñando lo mismo.

Un ama de casa de mediana edad tiene el siguiente sueño: su cocina ha sido ocupada por un agente de la Gestapo, que se pasea con rudeza de un lado a otro y lo inspecciona todo. De pronto se detiene frente a su vieja cocina holandesa, alrededor de la cual se reúnen cada noche la familia y los amigos para charlar. El guardia observa el aparato con un extraño interés; se acerca y abre la tapa del horno; entonces la cocina deja de ser una discreta presencia inanimada y, para horror de toda la familia, comienza a repetir obedientemente todos los chistes y agravios que allí se han dicho contra el gobierno.

La historia onírica está llena de visiones grotescas como ésta, inducidas por el agobiante peso subliminal que ejercen los sucesos históricos y sociales sobre la porosa vida nocturna de los durmientes. Más adelante tendremos la oportunidad de examinar algunas de las más notables fenomenologías del sueño; de momento, nos conformaremos en este capítulo con dibujar los perfiles de una nueva categoría histórica: la onírica. Los sueños no son sólo la consecuencia de una determinada causa histórica, como





sucede en los casos registrados por Beradt, sino que a veces siguen caminos tan inesperados y contundentes que incluso llegan a desempeñar un papel realmente activo en el curso del acontecer histórico.

En el año 219 antes de nuestra era, refiere Cicerón (*De div.*, I, 24, 49) que Aníbal soñó con Júpiter después de tomar Sagunto. Éste lo había convocado a asamblea con los demás dioses y le ordenó extender la guerra a Italia. Júpiter le dio como guía a un miembro del consejo, a Mercurio, que según Silio Itálico le pidió que lo acompañara con la advertencia de no mirar atrás en todo el trayecto. Pero Aníbal no pudo resistir la tentación, y giró la cabeza. Frente a él vio a una gigantesca bestia salvaje. Su cuerpo estaba hecho de serpientes que se enroscaban en todos sus miembros y órganos. El monstruo lo devastaba todo a su paso. Horrorizado, Aníbal preguntó al dios por el significado de semejante aberración. Y el dios le respondió que simbolizaba la devastación que él causaría en Italia, pero su recomendación fue la de seguir adelante sin preocuparse de lo que pudiera ocurrir a sus espaldas. Aníbal expuso este sueño a sus generales que lo interpretaron y obraron en consecuencia.

No nos detendremos en la sugerente literatura psicológica que ha suscitado este relato, sólo vamos a resaltar el

alto grado de influencia que ejercían entonces los mensajes oníricos en el tortuoso curso de las guerras. Hecho que también confirma Pausanias (III, 18, 3) y Estrabón (XV, 2, 7). Este último refiere un sueño que tuvo Lisandro con Amón, mientras tenía sitiada la ciudad de Afitis: el dios le ordenó levantar el cerco de la ciudad, porque, según le dijo, el fin de la guerra sería bueno para todos; y Lisandro, comprendiendo que en efecto era lo mejor, levantó el cerco y se marchó con sus tropas. En aquel tiempo, un suceso de esta índole no era algo extraordinario: cualquier estratega se hacía acompañar por sus propios intérpretes cuando acudía a las contiendas, y prestaba gran atención a sus dictámenes; de modo que era algo perfectamente normal que el onirismo interviniera directamente en los sucesos bélicos, hasta el punto de cambiar el curso de las guerras. La sorpresa viene después, al enterarnos de que esta vieja costumbre oracular no es privativa de la Antigüedad, sino que ha seguido perpetuándose a lo largo de los siglos. Como ocurre con el general estadounidense George S. Patton, que tenía la piadosa costumbre de llamar por teléfono a su secretario personal a cualquier hora de la noche, cuando un sueño le sugería una nueva estrategia de guerra, para dictar sus nuevas disposiciones tácticas. Singular costumbre que también puede hacerse extensiva a otros conocidos militares de la historia. Así, una carta enviada por Otto von Bismarck al emperador Guillermo I, el 18 de diciembre de 1881, nos confirma que un sueño fue el detonante definitivo para que el mariscal prusiano tomara la decisión de emprender la conquista de Austria. El documento dice textualmente:

«La confianza de Su Majestad me anima a relatar un sueño que tuve en la primavera de 1863, durante los días más arduos del conflicto, cuando nadie veía una salida po-

sible. Soñé (como le conté a la mañana siguiente a mi mujer y a otro testigo) que iba cabalgando por una estrecha vereda en los Alpes, con un precipicio a la derecha y rocas a la izquierda. La senda se hacía cada vez más angosta, el caballo se negaba a seguir, y era imposible dar la vuelta y desmontar, por la falta de espacio. Entonces, con mi fusta en la mano izquierda, golpeé en la roca implorando a Dios. La fusta creció de una forma inusitada y la lisa pared de roca se derrumbó como si fuera un decorado, abriendo un ancho camino que dejaba ver bosques y montañas, como un paisaje de Bohemia; de allí venían las tropas con sus banderas, e incluso en el sueño me vino la idea de contárselo a Su Majestad».

Probablemente la huella más temprana que conservamos de esta especie de patrón onírico se encuentre registrada en escritura cuneiforme sobre una tablilla sumeria de la época de Asurbanipal. Se trata de un hermoso fragmento épico que glorifica una de las gestas bélicas de aquel gran monarca:

«El ejército sumerio se detuvo ante el río Idid'e. El río bajaba caudaloso, rugiendo como un mar encrespado; por lo que todos sintieron miedo de vadearlo y decidieron detenerse y acampar esa noche allí mismo». Y dice Asurbanipal que «la diosa Ishtar, que mora en Arbelas, envió un sueño en mitad de la noche a (sus) soldados para animarlos: "Marcharé delante de Asurbanipal, el rey que yo he creado". Y (sus) huestes obedecieron el sueño y cruzaron el río sin obstáculos».

El mundo en que vivió Asurbanipal era tan distinto al nuestro que hoy nos cuesta aceptar la veracidad de unos hechos que resultan demasiado ajenos al rasero por el cual

se mide nuestro mundo. Por otro lado, tampoco nos mueve ningún interés especial por resaltar un «modelo bélico» en la historia del onirismo; en realidad, su periódica aparición no ratifica ningún patrón específico, solamente deja constancia de un hecho psicológico cuya recurrencia hace inapelable: que en los momentos de graves conflictos históricos (y las guerras lo son en sumo grado), ciertos sueños operan como alarmas, como ayudas interiores para que el soñante tome una decisión capaz de variar unos grados el curso de la Historia.

Pero aún queda por comentar otra peculiaridad más singular del sueño de Asurbanipal: su insólita capacidad de trascender el carácter individual que el onirismo tiene habitualmente y convertirse en una simultánea experiencia colectiva. Se trata de un extraño fenómeno que no sólo se puede rastrear en fuentes remotas, sino que también aparece en periodos muy cercanos. Como en la Primera Guerra Mundial en la que un considerable número de soldados sufrió terribles pesadillas con argumentos muy similares. El llamado *sueño mutuo* –cuando dos o más personas sueñan simultáneamente las mismas escenas, con más o menos variantes– es un curioso fenómeno onírico cuyas huellas se pueden rastrear en documentos médicos, históricos y literarios de todas las épocas. Se relaciona estrechamente con situaciones de histeria colectiva. Por ejemplo, cuando un grupo más o menos numeroso de personas es poseído de pronto por una poderosa y unánime tensión psíquica, al ser atacado al mismo tiempo por la misma visión, que a veces se denomina *terror pánico*. Una buena muestra de ello nos la brinda el filólogo alemán Wilhelm Heinrich Roscher (1845-1923) en su *Tratado mítico-patológico sobre la pesadilla en la Antigüedad clásica*. En medio del más impecable tono académico, Roscher nos

sorprende con la extraordinaria historia de un batallón de soldados franceses que fueron a dormir a una abadía en Tropea y a media noche se vieron «atacados» por la misma pesadilla. Al parecer, todos se levantaron de golpe, presos del pánico, y mientras gritaban enloquecidos salieron al exterior en estampida. Al ser preguntados por el motivo de su comportamiento, todos respondieron lo mismo: un enorme perro negro y peludo había entrado dando saltos por la puerta y se les había arrojado al pecho. Curiosamente, el estupor volvió a estallar en el campamento la noche siguiente, repitiéndose la misma escena a pesar de que varios oficiales de alto rango se habían distribuido en la sala para hacer guardia contra esa formidable figura diabólica.*

A tenor de estos ejemplos, podría pensarse que las huellas de la *historicidad* onírica sólo se imprimen en las grandes narraciones colectivas: guerras, convulsiones políticas o cualquier tipo de crisis social que produzca estados de histeria. No es así. La historia del onirismo también se escribe con letra pequeña; en la cálida intimidad de los cuartos cerrados, donde el ser humano calienta con su propio

* En un tono más *pop* tenemos el libro de Linda Lane Magallón *Mutual Dreaming*. Esta obra registra un número de insólitos casos denominados por su autora «meeting dreams» (cuando dos o más personas coinciden en un sueño) y «meshing dreams», cuando dos o varias personas no tienen literalmente el mismo sueño pero comparten los mismos lugares, símbolos o situaciones. Según explica esta autora, esta clase de sueños suelen tenerlos aquellas personas que se encuentran unidas por fuertes lazos afectivos y emocionales –padres e hijos, amigos, amantes– ante la proximidad de una desgracia, una gran dificultad o una muerte. Aunque se ha prestado poca atención a este fenómeno onírico, en los últimos años parece haberse despertado un creciente interés por lo que el parapsicólogo estadounidense Hornell Hart ha denominado «sueños recíprocos». Por otro lado, la literatura también recoge

fuego interior sus largos y difíciles procesos creativos. Éste es el caso de un joven poeta inglés que, tras haber batallado toda una tarde con un ensayo de crítica literaria, se sentía en ese insidioso punto muerto en el que todo lo escrito parece artificial y deplorable. Esa noche se fue a dormir con el ánimo muy bajo: soñó que estaba en su cuarto de trabajo y se le aparecía un gran zorro con aspecto de lobo. Sus ojos lo miraban fijamente; el leve temblor de su hocico, un poco abierto y jadeante, dejaba asomar la punta de la lengua e indicaba cierta ansiedad. El zorro levantó su pata derecha. No era la garra de un animal, era una mano humana abierta con la palma y los dedos *empapados de sangre*. El zorro le habló: «Deja lo que haces, *nos estás destruyendo*». Y posó su mano sobre el papel que había en su escritorio, dejando una húmeda huella de sangre que quedó impresa sobre la hoja en blanco, parecida a un emblema mágico de épocas remotas. El joven se despertó trastornado por las imágenes del sueño, que no se le borraban de la cabeza, y se puso a cavilar en su lecho revuelto sobre el significado que podía tener el que el zorro fuera una especie de amigo o aliado en su mundo onírico. Venía, sin duda, desde la zona oscura a comunicarle algo impor-

algunos ejemplos estilizados de esta curiosa tipología onírica, probablemente recreados a partir de relatos orales. Desde India nos llega, con toda su exuberancia asiática, la bella historia recogida en el siglo XI por Somadeva sobre el rey Vikramāditya y la princesa Malayvati, y que Kipling tomará siglos después como base para su relato *The City of Dreams*. Asimismo, en *Ricardo III* de Shakespeare, el rey Ricardo duerme en su lecho y se le aparecen en sueños los fantasmas de las personas que había mandado asesinar vilmente. Esa noche, víspera de la batalla, su rival sueña con los mismos fantasmas; pero mientras que para Richmond el sueño es favorable, para el rey será nefasto. ¿De dónde extrajo Shakespeare este argumento? Probablemente, del pasaje de la Biblia en donde Daniel comparte la visión onírica con Nabucodonosor (II, 26-45).

tante de sí mismo que se negaba a ver y que se le estaba mostrando con toda crudeza. Y al fin lo entendió: el dolor del zorro significaba su propio dolor, todo el sufrimiento inútil al que debía poner término. Ya no tenía que seguir obligándose a actuar en contra de su naturaleza. El zorro representaba su *verdadera naturaleza*, aquélla que vivía en su interior y estaba violentando. La que acabaría por destruir si continuaba actuando de aquel modo. Así pues, este joven abandonó sus estudios académicos para dedicarse íntegramente a la literatura; y la mano ensangrentada fue la señal que le indicó el camino que debía seguir su vida, y llegó a ser un gran poeta, el poeta Ted Hughes.



A pesar de yacer sepultadas bajo un desdeñoso manto de olvido, todas estas oportunas y sutiles irrupciones del onirismo han dejado una huella secreta y sustancial en el rumbo de la historia humana. Si bien es verdad que para tener una idea más amplia y clara del alcance de su incidencia histórica, necesitaríamos clasificar una ingente suma de documentos dispares, reunir un sólido y contrastado corpus que no sólo iluminase la fenomenología del sueño en su infinidad de variantes, sino que fuera también capaz de medir la influencia que ha ejercido la historia nocturna en las sociedades humanas. Sabemos que esto nunca se hará, y que sólo nos queda el parco e irrisorio cobijo de imaginar lo que habría pasado si hubiésemos hecho acopio de todo ese extraordinario material de la intimidad humana. ¿Qué habríamos descubierto si se hubiesen contrastado y analizado convenientemente una considerable cantidad de datos histórico-oníricos de la misma forma que se han clasificado y estudiado de modo sistemático las distintas materias de las especialidades académicas? Nunca lo sabremos. Pero, al menos, hemos tomado conciencia, aunque de forma fugaz y perecedera, de que a la historia de los hombres despiertos le falta, como clamaba Lichtenberg, *una historia de los hombres que duermen.*

El espacio onírico

... algunas veces, el hombre, cuando duerme, puede juzgar que lo que está viendo es un sueño...

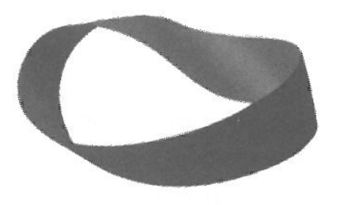
Tomás de Aquino, *Summa Theologica* (C. 84, a. 8)

I

¿Dónde estamos cuando soñamos? Parece una pregunta ociosa, pero ¿puede alguien contestarla? ¿Acaso puede alguien afirmar que *conoce* realmente este ámbito tan efímero, equívoco y tornadizo? Pues al soñar nunca prestamos atención al «espacio» en el que nos encontramos, y al despertar el único vestigio que conservamos de nuestras inciertas aventuras nocturnas es una vaga impresión de imágenes y vivencias más o menos adheridas a lo más leve y huidizo de nuestra memoria. Se trata, pues, de un mundo vago; de un «mundo» que nunca se ve ni se observa con la atención y el detalle con el que se contemplan las cosas durante la vigilia. ¿Qué hace el soñante cuando se encuentra en la *otra orilla*? Se deja llevar... Nadie se detiene a observar el *espacio* que lo envuelve cuando sueña, ya que todo el espectáculo del cual goza o padece al estar soñando lo tiene siempre hechizado con el movimiento perpetuo de sus figuras y situaciones mutantes, sin que nadie se pare a inspeccionarlo, tal como se puede hacer al estar despierto. Como dice Gaston Bache-

lard: «El espacio del sueño es todo menos quietud, cualquier cosa menos reposo».

Delimitar la metáfora de este *espacio* se asemeja a la descripción de la banda de Moebius, donde el haz se vuelve envés. Del mismo modo, el espacio onírico es una dimensión interior vuelta al revés; pues todo lo que vemos *fuera*, todo aquello que constituye el mundo que soñamos se forma y se desarrolla *dentro* de nuestra mente. De modo que el mundo interno se transmuta en «espacio» externo, y la exterioridad en proyección interior.



Así, en la metafórica dimensión espacial del onirismo, los «lugares» y los «objetos» no se desarrollan a partir de ninguna cualidad del tiempo exterior (como sucede en el mundo de la vigilia), sino a partir de un tiempo interno, cuyo flujo temporal se autogenera a sí mismo a medida que avanza, porque es un tiempo *simulado*, un tiempo que crece y se despliega desde el interior de sus propios dinamismos a través de ese mágico torrente de imágenes vivas que constituyen cada uno de los lugares por los que pasamos al soñar.

Nunca podemos detener la mirada en la íntima y cambiante dimensión espacial del sueño. No sólo porque es un espacio fluido, de incesantes metamorfosis y muy difícil observación, sino sobre todo porque el yo que observa el desarrollo del flujo onírico, aquel yo que vive las situa-

ciones que se le aparecen a cada instante, se encuentra *inmerso* en este ámbito hermético, formando parte inseparable de todas las imágenes y circunstancias que sueña. De ahí que carezca de la distancia y voluntad necesarias para contemplar el sueño como *objeto*, pues en el sueño no hay distinción entre sujeto y objeto, como existe para nosotros en la percepción del mundo real. *Allí* no existe ningún dualismo, no existe ninguna distancia separadora entre el yo y el mundo interno: el mundo y el yo son lo mismo, forman una unidad indisociable. Así que se hace inaccesible vislumbrar como objeto este espacio movedizo, plagado de lugares fugaces, porque semejante probabilidad sólo sería factible si la conciencia se desgajara del mundo soñado, si el sujeto que sueña pudiera seguir soñando siendo enteramente consciente de su sueño, pues sólo la conciencia despierta sería capaz de observar y calibrar como objeto racional ese rutilante espacio esquivo y nebuloso en donde tienen lugar los sueños.

¿Pero acaso esto es posible? Digamos que solamente lo sería si existiera la probabilidad de poder explorar el espacio onírico con la conciencia despierta, del mismo modo que un espeleólogo se introduce en el ámbito de una cueva desconocida e ilumina con su linterna los lugares que más llaman su atención. Sólo entonces sería factible el desarrollo de una nueva fenomenología: la *fenomenología del espíritu mientras sueña*.

Lo cierto es que hasta ahora ningún artilugio ha podido mostrarnos la vida onírica en una pantalla. No existe una tecnología tan sofisticada, y probablemente no existirá jamás. Sin embargo, si recorremos la historia del onirismo nos encontramos con la sorpresa de que los sueños han podido ser observados conscientemente por un contadísimo número de personas con un alto grado de voluntad y

cualidades psíquicas. ¿Cómo llamarlos? ¿*Onironautas*? Lo más probable es que sean más bien pocos los lectores que hayan oído hablar de ellos, al tratarse de una rara especie cuya peculiar aventura intelectual consiste en percibir todas las figuras y lugares de la geografía onírica con el mismo grado de consciencia y claridad de percepción con que se contempla la realidad diurna mientras estamos despiertos. Naturalmente, es muy legítimo pensar que todo esto no es más que otra fantasía de las que tanto abundan en los bazares espirituales de nuestra época. Pero no es así. Si nos tomamos el trabajo de hacer una atenta investigación histórica sobre este asunto, comprobaremos que desde edades muy tempranas y en culturas muy diferentes existen abundantes testimonios acerca de esta práctica específica de soñar. Y lo más curioso de todo es que la mayoría de ellos no provienen de gente estrafalaria o fantasiosa, como podría pensarse, sino de personas merecedoras de todo crédito intelectual.

En efecto, el primero de estos testimonios pertenece a los *Tratados de Historia Natural* de Aristóteles. En un pasaje de esta obra dedicado a los ensueños, el filósofo macedonio declara textualmente: «Muchas veces, cuando uno está dormido, algo en nuestra alma nos indica que aquello que vemos aparecer es un sueño». Con esta frase, Aristóteles sugiere dos cosas bastante interesantes: la primera de ellas es el nítido recuerdo que guarda de haber contemplado *conscientemente* el curso de sus sueños; la segunda es más sorprendente, pues da a entender que esta clase de vivencias son frecuentes en su experiencia onírica. Seguramente, la vivencia psíquica señalada por Aristóteles no era tan rara en aquella época; prueba de ello es que no constituye la única referencia que conservamos de la cultura griega sobre la lucidez onírica. Así, en la *Ilíada*, Zeus manda a Hipno a visitar al rey Agamenón para llevarle su mensaje, y el dios alado se le aparece en un sueño y le dice: «¿Duermes, hijo del guerrero Atreo...?» (*Il.*, II, 23). Lo mismo sucede en otro pasaje en el que el alma de Patroclo hace la misma pregunta a Aquiles (*Il.*, XXIII, 69); y también encontramos la misma escena en la *Odisea*, cuando la imagen onírica que envía Atenea a la paciente esposa de Ulises pronuncia las mismas palabras: «¿Duermes, Penélope...?» (*Od.*, IV, 804).

No deja de ser significativo que esta fórmula se emplee tan repetidamente para advertir al soñante de que está soñando. En la época homérica se creía que las imágenes soñadas eran enviadas por los dioses a los hombres, y por eso tomaban la forma de una visita hecha al durmiente, pero ¿por qué estas imágenes provenientes de la esfera divina quieren con tanta insistencia que el durmiente sea consciente de que está soñando? ¿Se trata simplemente de un procedimiento retórico para llamar la atención sobre un mensaje onírico significativo o, por el contrario, se refiere a una experiencia semejante a la que alude Aristóteles en su tratado?

Muchos siglos después, San Agustín hará una referencia más explícita a este fenómeno y será el primero en la historia occidental en registrar un sueño de estas características de una forma detallada. Su testimonio se encuentra en una carta que el filósofo de Hipona dirige en el año 415 a un amigo y discípulo suyo, Evodio de Uzala, con la intención de proporcionar una sutil argumentación dialéctica en favor de la inmortalidad del alma. En su carta, San Agustín se refiere al sueño de otro conocido suyo llamado Gennadio, un médico que, después de haber ejercido durante décadas la medicina en Roma, decidió volver a Cartago para retirarse y morir en su ciudad natal. Cuando éste era ado-

lescente vivía atormentado por las dudas y el temor a la muerte. Una noche tuvo un vívido sueño de lo más significativo: un joven de agradable apariencia se acerca a él y le dice «¡sígueme!». Gennadio, muy intrigado, le sigue por una ciudad semejante a la suya y comienza a andar por sus calles hasta que en cierto momento se detiene a escuchar una música de una armonía muy superior a todo lo que ha oído hasta entonces. Proviene de un coro cercano que se oculta tras los altos muros de una casa que tiene enfrente. Fascinado por esas dulces y envolventes cadencias, Gennadio pregunta a su acompañante acerca de esa maravilla musical. El joven le contesta que son los himnos de los *bienaventurados*. Después despierta y, a pesar del asombro y la exaltación que aún le embargan el ánimo, no le da más vueltas, pues a fin de cuentas, sólo ha sido un sueño.

Sin embargo, la noche siguiente sucede algo aún más curioso, algo que otorga a su recuerdo onírico un mayor grado de intensidad y significación, al volver a visitar en sueños el mismo lugar y hablar con el mismo joven de la noche anterior. Pero ahora, cuando se detiene a saludarlo, le pregunta si lo reconoce. Gennadio inclina la cabeza afirmativamente, pero el joven quiere saber más: desea escuchar de sus labios dónde lo ha conocido, y Gennadio le cuenta todo lo sucedido en el último sueño. Entonces el joven pregunta si todos estos acontecimientos han ocurrido mientras estaba despierto o cuando dormía. A lo cual Gennadio responde automáticamente que mientras estaba dormido, sin reparar en lo que está diciendo.

–¿Lo recuerdas bien?

–Sí, lo recuerdo perfectamente.

–Pues si es así como dices, entonces será cierto que viste todas estas cosas, mientras estabas durmiendo...

–Sí.

–Entonces –dijo, mirándole fijamente a los ojos– debo hacerte notar que también ahora, mientras estás viendo todo esto, estás dormido.

Al escuchar estas palabras, Gennadio siente cómo una sensación de extrañeza empieza a apoderarse de él. Pero el joven sigue diciendo:

–Dime, ¿dónde está ahora tu cuerpo?

–En mi cama.

–Entonces, asumes que los ojos de tu cuerpo están ahora cerrados y ciegos, ¿no es así?

–Sí.

–¿Pues dime entonces qué son estos ojos con los que me ves ahora?

Al margen del refinamiento dialéctico que destila este sueño, lo que nos interesa resaltar aquí es su similitud con lo percibido por Aristóteles y los *avisos* divinos de los poemas homéricos. Acaso el relato agustiniano sea demasiado sutil y elevado para resultar creíble como secuencia onírica, pero tal vez sus probables adornos literarios sean lo de menos y puedan pasar a un segundo plano ante su coincidencia con otros ejemplos del mismo fenómeno. En efecto, Tomás de Aquino volverá a mencionar esta misma experiencia de una forma explícita unos siglos después (*Summa Theologica*, 84, 8); y lo mismo hará más tarde Descartes en el tercero de sus sueños *olímpicos* al ponerse a interpretar conscientemente su sueño antes de haber despertado. Este fenómeno será registrado de nuevo en 1744 en el cuaderno de sueños del científico y místico sueco Emanuel Swedenborg cuando dice: «Estuve toda la noche, durante once horas seguidas, ni dormido ni despierto, en un extraño estado de trance, siendo consciente de todo lo que soñaba».

Un siglo después, volvemos a encontrarnos con la misma experiencia en un vigoroso pasaje de *El nacimiento de la tragedia*: Nietzsche compara los mundos oníricos con las obras del «artista total» y ensalza el gozo profundo que siente ante el hecho de poder comprender intuitivamente a esas figuras oníricas que le hablan por las noches con tanta elocuencia, sin que nada resulte innecesario ni gratuito: «En la vida suprema de esa realidad onírica, tenemos el sentimiento translúcido de su *apariencia*, o al menos ésta es mi experiencia», dice –¡y cuánto recuerdan sus palabras a las de Aristóteles!–. Y añade: «Más de uno podrá recordar, alguna vez, haber gritado a veces en los peligros y horrores de un sueño (...). ¡Es un sueño, pero quiero seguir soñándolo! Tal como me han contado algunas personas que fueron capaces de prolongar durante tres o más noches consecutivas la causalidad de un mismo sueño».

A tenor de todos estos ejemplos, podría parecer que la conciencia onírica es una especie de predisposición especial de los filósofos, pero no es así. Fue en Asia donde el sueño lúcido alcanzó una mayor continuidad y coherencia de metas gracias a un sólido y elaborado corpus de ejercicios de carácter místico que fueron practicados en los monasterios del Tíbet durante siglos. Todo lo contrario de lo que ocurrió en la cultura occidental, donde este tipo de experiencias siempre fueron vistas con cierto recelo, primero por los inquisidores, que veían al diablo en cualquier manifestación onírica que escapase a su comprensión, y luego por los filósofos ilustrados, que miraban con reserva cualquier experiencia interior que escapara de los márgenes fijados por el orden racionalista del mundo. En consecuencia, esta clase de onirismo sólo fue cultivada de forma aislada por un puñado de personajes solitarios que

se aventuraron a explorar contra corriente los parajes más desconocidos de la psique.

¿Qué es exactamente este estado de ensueño en el cual se puede *despertar* la conciencia dormida? Se trata de un estado intermedio entre el sueño y la vigilia. No un estado alucinatorio, pues quien lo alcanza no está semidespierto, sino profundamente dormido. Quien logra *despertar* a este estado no sólo *sabe* que está soñando mientras duerme, sino que además conserva la facultad de razonar y la disposición de la voluntad y la memoria de un modo bastante similar a la vigilia. Esto puede durar unos primorosos segundos o, como han hecho algunos aventajados practicantes, prolongarse durante lapsos intermitentes que alcanzan desde algunos minutos hasta varias horas de duración; algunos, muy pocos, han llegado a repetir esta experiencia varias veces casi todas las noches.

Durante muchos años, el mundo científico se negó a admitir la existencia del sueño consciente; los relatos que ofrecieron de primera mano algunos onironautas siempre se tomaron por falaces fantasías. Como la tecnología del siglo XIX y parte del XX era incapaz de dar una prueba definitiva que demostrara este fenómeno, se dictaminó que todas estas personas creían estar soñando despiertas, cuando en realidad no estaban dormidas sino en un estado semiconsciente intermedio entre la consciencia y el sueño. Hubo que esperar a la aparición de la electroencefalografía para poder demostrar, «de una manera científica», que todo lo dicho por ese solitario puñado de onironautas era cierto.

Pero ¿de qué clase de conciencia estamos hablando? Algunos autores han dicho que en ese estado se logra la misma lucidez de la vigilia. Sin embargo, esta hipótesis ha

de encerrar necesariamente una ambigüedad que no nos salva de la incertidumbre. ¿Cómo puede hablarse de un mismo grado de conciencia si se sueña en un estado modificado de la conciencia? Los soñadores lúcidos saben por experiencia que esta lucidez onírica es *distinta* a la conciencia de vigilia. Sencillamente, tiene otra cualidad. Cuando en el sueño lúcido se piensa en el estado de la mente durante la vigilia, éste es reconocido como un estado más de la conciencia, pero no como el *único* estado en el que ésta se manifiesta. La consciencia se estructura a partir de diferentes grados de lucidez.

El hecho de que se puedan asumir distintas formas de conciencia –cada una consciente de sí misma– plantea nuevos interrogantes sobre su naturaleza. Y no sólo sobre el estado de conciencia como tal; también sobre lo que se ha denominado *inconsciente*, pues desde el momento en el que la conciencia puede florecer dentro del ámbito no consciente de la mente, esta designación genérica se convierte en un término reductor; porque el territorio de la conciencia se ensancha; sus límites se vuelven ambiguos y, en cierta manera, ilusorios, desde el momento en que la experiencia del sueño lúcido nos revela de un modo axiomático que aquello que en la vigilia denominamos consciencia no se reduce al fenómeno que identificamos con nuestro yo racional diurno, sino a un ámbito mucho más complejo y con más niveles fenomenológicos. La consciencia es algo mucho más amplio que todo aquello de lo que es consciente nuestro yo. Ésta fue la intuición que tuvieron los místicos a partir de su experiencia interior con lo absoluto. El sueño lúcido no llega tan lejos, no rebasa las fronteras del yo, pero es una capacidad, casi inexplorada, que nos permite ver con toda su potencia sensual e imaginativa cómo actúa el fenómeno de la consciencia

en su propia dimensión íntima. Pero este *despertar* de la mente dormida no podrá asimilarse plenamente si nos quedamos prendidos en las redes abstractas del discurso teórico. La única manera de llegar a conocer esta particular fenomenología es experimentarla por uno mismo, o, en su defecto, prestando atención a los pocos testimonios de primera mano de que disponemos, pues sólo ellos nos permiten entender en toda su extensión cómo se comporta la mente en su propio *espacio* interior.

II

> Gradualmente, todo mi repertorio de sueños pasó frente a mí. Y pude observar estos sueños con bastante conciencia, pude ver cómo se creaban y pasaban de uno a otro y entender su mecanismo.
>
> P. D. Ouspenski, *A New Model of the Universe* (1931)

El mismo año en que Freud publicaba en Viena *La interpretación de los sueños*, Piotr Demiánovich Ouspenski (1878-1947) decidió, con veintidós años, dedicar parte de su tiempo a la sistemática observación de su onirismo. Todo su esfuerzo se aplicaba en aprender a despertar en el sueño para poder descifrar los secretos del estado onírico. Perseverante con su anhelo, Ouspenski practicó durante muchas noches unos ejercicios de concentración mental que tenían por objeto provocarse un «estado de semisueño». Deseaba alcanzar el conocimiento y dominio de esta forma particular de consciencia –tan inherente al budismo–, con la esperanza de que un día todos sus esfuerzos se vieran recompensados con la apertura a un nivel

superior de lucidez. Como Gurdjieff, su maestro, o Madame Blavatsky en el XIX, Ouspenski se convirtió en una de las figuras más carismáticas del esoterismo del siglo XX, tan interesado como ellos en adaptar algunas antiguas prácticas asiáticas al lenguaje y la cultura de su tiempo. En *A New Model of the Universe* (escrito en 1914) encontramos una descripción muy ilustrativa de cual era el carácter de sus experimentos oníricos. En este libro –bastante leído, por cierto, durante los años treinta y cuarenta del siglo pasado– refiere cómo logró *despertar* por primera vez mientras dormía. Se encontraba en el interior de una gran habitación vacía. Un gatito negro maullaba a unos cuantos metros de sus pies. Todo era tan real que se dijo: «Estoy soñando. ¿Pero cómo puedo saber si realmente estoy dormido o no?». Y pensó: «Vamos a intentarlo de esta manera; convirtamos este gatito negro en un gran perro blanco; en estado de vigilia, una cosa así sería imposible de creer, mas si ahora funciona quiere decir que estoy verdaderamente dormido, y estoy soñando. Súbitamente, el gatito negro se transformó en un enorme perro blanco. Al mismo tiempo, la pared que tenía enfrente comenzó a desvanecerse lentamente, mientras iba transparentándose una gran montaña rocosa con un río caudaloso que se perdía en la distancia. ¡Qué curioso! –pensé. No he ordenado la aparición de este paisaje. ¿De dónde habrá salido? Y un recuerdo medio desvaído comenzó a removerse en mi interior, el recuerdo de haber visto ya ese paisaje en otra parte, y la sensación de la existencia de una íntima conexión entre el paisaje y el perro blanco. Pero, de pronto, entendí con toda claridad que si me dejaba llevar por ese vago recuerdo me olvidaría de lo más importante que debía recordar: ¡que *estoy durmiendo y soy consciente de mí mismo*!».

Estas experiencias demostraron a Ouspenski que los



sueños son tan delicados que «no soportan la observación». *La observación los transforma.* Al comparar sus visiones nocturnas y analizarlas, comprobó que los sueños sufrían sutiles mutaciones siguiendo los dictados de la voluntad. En este sentido, es interesante observar cómo tan sólo dos décadas más tarde, las investigaciones de la física cuántica hallarían en las partículas microscópicas la misma ley, esta vez aplicada a la realidad subatómica, al descubrir que *el observador transforma lo observado*; o dicho de otro modo: que no se puede observar ningún fenómeno subatómico *sin alterarlo*.

III

La secreta solución de nuestras vidas descansa en nuestros sueños.
Frederik van Eeden, *The Bride of Dreams* (1918)

Otro notable onironauta fue el psiquiatra y escritor de los Países Bajos Frederik Willem van Eeden (1860-1932). Amigo de William James y de Hermann Hesse, sus novelas y obras de teatro gozaron de cierta fama en su tiempo, aunque son sus experiencias psíquicas y no su literatura las que han perdurado en el recuerdo.

Entre 1898 y 1912, van Eeden anotó en su diario todos los sueños en los que veía algo significativo, en especial aquellos en los que su mente y su voluntad permanecían *despiertas* y podían guiar conscientemente las situaciones